

GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique(ed.), MORELL, Juan Andrés, *Cartas familiares I*. Bolonia, Florencia, Roma, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 2004, 559 pp.

En los últimos años la historia de la Iglesia ha experimentado un enorme auge. El origen del mismo ha sido, en mi opinión, la creciente percepción del hecho religioso como uno de los factores imprescindibles a la hora de entender la sociedad europea del Antiguo Régimen y su complejo sistema de valores. Sin olvidar que la Iglesia es durante toda la Edad Moderna la institución que está más cerca de la Corona, con todas las reflexiones sobre el ejercicio del poder que conlleva esta afirmación. Este interés por la historia de la Iglesia no es nuevo. Pero sí lo son los enfoques, en los que tienen cabida disciplinas como la antropología, la historia social y la de las mentalidades y de la cultura en general.

Dentro de este nuevo florecer múltiples estudios recientes se han centrado en el análisis del rol socio-político de las órdenes religiosas en la España moderna; y, como no podía ser de otra forma, han prestado una atención especial a la Compañía de Jesús, la *religión* por antonomasia durante todo el período conocido como Contrarreforma. En este sentido, son fundamentales los trabajos llevados a cabo por los investigadores de la Universidad de Alicante. De todos conocidos por su valía y altura científica, vienen tratando temas tan diversos como la relación de la Compañía con los moriscos valencianos, la labor misional de los jesuitas en el Levante y, fundamentalmente, todo lo que rodeó a la expulsión y extinción de la orden ignaciana. En este último aspecto, y siguiendo la estela insigne del padre Batllori, destaca la figura de Enrique Giménez López, director y pilar fundamental del grupo de investigación alicantino que estudia a la Compañía de Jesús en el Setecientos.

El volumen que nos ocupa visualiza perfectamente lo que es uno de los temas derivados de la expulsión de los jesuitas en 1767: el destino y peripecia vital de los cientos de exiliados provenientes de la constelación de colegios con que contaba la orden en el mundo hispánico. Uno de ellos, el protagonista de la obra en cuestión, fue el jesuita valenciano Juan Andrés Morell, que narró las impresiones de su vida y viajes por Italia a su hermano, quien las editó entre 1786 y 1793 bajo el título de *Cartas familiares*. Nos encontramos, pues, ante el relato erudito de uno de los jesuitas más sobresalientes de su generación, de un representante de cierta corriente jesuítica partidaria de introducirse en los ambientes ilustrados a fin de cristianizarlos. En el caso concreto del abate Morell —como fue conocido tras la abolición de su instituto—, que experimenta un rápido proceso de adaptación y admiración por la cultura de su hogar de adopción, contamos con el aliciente añadido de acceder a las opiniones de un hombre de vastas inquietudes intelectuales y que realiza sus observaciones con la clara intención de presentar modelos válidos en una España a ojos vista cada vez más atrasada y donde los magnates no practicaban el mecenazgo con la misma generosidad que los nobles italianos, imbuidos de aquel evergetismo que, para muchos ilustrados, constituía la única razón de la existencia de las aristocracias europeas desde mediados de la centuria.

El libro consta de dos partes claramente diferenciadas. En primer lugar, encontramos un magnífico estudio preliminar del profesor Enrique Giménez en el que,

mediante una estructura que recuerda a un conjunto de artículos de temas diversos, se van analizando las diferentes etapas del viaje incluidas en este primer tomo o, lo que es lo mismo, el período 1785-1791. Esta introducción caracteriza a Juan Andrés Morell como un erudito neoclásico, como un hombre que, tras haber sido profesor de retórica en la universidad de Gandía, destacó por convertirse en una figura intelectual de prestigio en Italia, imbuyéndose de los nuevos métodos de la ciencia experimental y del racionalismo para aplicarlos a la crítica literaria y a una moderna historia de la literatura. Un intelectual cuya obra fue conocida en Europa y regularmente reeditada hasta la década de 1830 y que siempre abogó en sus escritos por la idea de una revolución desde arriba que mejorase las condiciones generales de vida y por la necesaria transformación de la aristocracia española en un grupo útil y ejemplar.

El profesor Giménez realiza en su estudio un recorrido en el que reconstruye críticamente el panorama de los principales hitos del viaje del abate Morell. Describe así una Bolonia —la segunda ciudad de los Estados Pontificios— llena de ex jesuitas dedicados al estudio de disciplinas tan diversas como las matemáticas, la medicina, la música, la arqueología o a la dramaturgia. Todos más o menos vinculados entre sí gracias al prestigio del Istituto delle Scienze, que suplantaba a la universidad como centro galvanizador de los nuevos avances técnicos y científicos. Describe también la Toscana de los Habsburgo-Lorena, dirigida por un gobierno ilustrado y reformista, con un florecer cultural que se traducía en el desarrollo de importantes bibliotecas y de instituciones como el museo de física e historia natural y en el brillo renovado de otros como la universidad de Pisa, la más relevante de Toscana y muy vinculada a la escuela de pensamiento científico de Galileo.

Capítulo aparte merece la descripción que realiza E. Giménez —siempre al hilo de la de Morell— de aquella Roma de 1785 que asistía maravillada a la presentación del *Juramento de los Horacios* de David y al triunfo del gusto neoclásico y de los modos de erudición arqueológica desarrollados por Wincklemann. Una Roma que Morell contrapone a la Barroca —que, en parte, no deja de disgustarle—, cosmopolita, llena de estudiantes de las disciplinas más variadas pensionados de todas partes de Europa. En este sentido, cabe destacar que el profesor Giménez ha enriquecido los textos originales con una más que destacable labor de investigación —prosopográfica, pero no sólo— que se traduce en la infinidad de notas a pie de página que facilitan enormemente la lectura y comprensión de lo que nos explica el abate dieciochesco al suministrarnos información detallada sobre personajes de los que Morell, en ocasiones, sólo da el nombre; y de otros datos que resultan preciosos a la hora de comprender la caracterización social y política de la Italia de la década de 1780.

Respecto al interés de la propia correspondencia de Morell, hay que tener en cuenta, en primer lugar, que las temáticas que aborda son de lo más variado. Precisamente, sus elegantes epístolas tienen un primer gran aliciente: dar noticia de antiguos compañeros de orden españoles, lo que es siempre de agradecer para quienes estudiamos a la Compañía de Jesús. Otro interés fundamental de la correspondencia del abate valenciano es que en cada ciudad describe los monumentos principales y los capolavori que albergan, dando muestras de una magnífica formación y de una fina sensibilidad artística que le permite percibir como genios a autores olvidados en su época y sólo rescatados por la crítica desde mediados del siglo XIX.

Las cartas transmiten también sus preferencias políticas y su opción por el absolutismo ilustrado. De ahí su profundo respeto por la labor cultural del gran duque Pedro Leopoldo de Toscana. El mecenazgo de este príncipe y de los nobles europeos afincados en Italia le hará suspirar, por su doloroso contraste con lo que ha dejado atrás, “¡cuán bien empleado está el dinero de un gran personaje en cosas que son tan decorosas, y que sirven de ornamento a toda la ciudad! ¡Ojalá nuestros grandes entraran en este gusto, y en vez de consumir inútilmente, y sin saber cómo su dinero, lo empleasen en cosas útiles a la patria... .

Las impresiones sobre Roma me parecen las más interesantes de las recogidas en el volumen que nos ocupa. Tras un primer acercamiento a la ciudad con ojos de turista, jesuita y anticuario, no se le escapa el significado religioso-político de su espectacular escenografía urbana. Sus recorridos están dotados de una constante carga crítica y analítica. Visita bibliotecas, museos y centros de saber. Alterna con científicos, poetas, literatos, artistas y teólogos, con los españoles de la embajada y de las academias; sin olvidar nunca las colecciones privadas, las galerías, ni las tertulias de cardenales y nobles. Criticando, no obstante, hechos tan frustrantes para él como la política oscurantista de la Santa Sede, que no permitía a los investigadores el trabajo en la Biblioteca Apostólica.

El padre Morell describe Italia y su efervescente clima intelectual. Pero, lo que de verdad describe, en mi opinión, es una España lejana en la que las ansias de conocimiento, las nuevas corrientes científicas y la erudición en todas sus formas parecen brillar por su ausencia. Comparada con lo que contaba a su hermano, un verdadero yerno intelectual. Es triste que el propio padre piense que Florencia debía tener una academia y otras instituciones de conocimiento a la altura de las de Londres, Berlín, París, San Petersburgo... y que no pueda traer a colación el más mínimo ejemplo español. Ni Madrid, ni Barcelona, ni Sevilla podían siquiera aspirar a ello en esos momentos, parece decirnos Morell. Un síntoma más de ese letargo y anquilosamiento que, salvo honrosas excepciones, afectó a todos los niveles del conocimiento y la creación en la España de los siglos XVIII y XIX.

Así pues el volumen, compuesto, ya lo he dicho, de dos partes que se complementan tan armónicamente como cabía esperar, se transforma en una obra de consulta utilísima para todo aquél que intente comprender la Europa ilustrada del siglo XVIII. Lo será aún más, de seguro, cuando los siguientes dos tomos nos den una imagen completa de los viajes y opiniones del abate Morell y de la evolución de los mismos en virtud del devenir de los acontecimientos de primera magnitud que estaban a punto de sacudir el continente y de los que, de seguro, no fue un mero testigo sin nada que decir. El conjunto, más que eso aún, se constituirá en el provechoso retrato de una república del saber, de la ruptura de fronteras que significa la aspiración al conocimiento y el grado de transmisión de la experimentación entre los sectores mejor preparados de las sociedades occidentales de la época. Si a esto le añadimos el valor de recuperar para la memoria histórica y científica de este país a una figura tan interesante y de inquietudes tan enciclopédicas como las del padre Juan Andrés Morell, unido a su estilo culto y elegante pero también fácil y directo, queda claro que su lectura es más que recomendable.